



Indómita

RAISA MARTÍN ESPINOSA



SIREN  BOOKS

Indómita

RAISA MARTÍN ESPINOSA

SIREN  BOOKS

Primera edición: septiembre 2024

© del texto: Raisa Martín Espinosa, 2024

© de la edición del texto: Patricia Sevillano Mateo

© de la corrección de estilo: Ana Muínelo Monteagudo

© de la cubierta: Luciana Bertot (@lulybot)

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2024

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-128545-5-8

Depósito legal: M-19248-2024

IBIC: FMR

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para aquellas personas que piensan que solo son gris,
cuando en verdad están llenas de colores.*

Aviso de contenido:

Violencia explícita, tortura, muerte, mención de abuso sexual,
pensamientos suicidas e intento de suicidio.

«Dios mata indiscriminadamente, y nosotros también. Porque ninguna criatura de Dios es como nosotros, ninguna se parece tanto a Él como nosotros».

—LESTAT DE LIONCOURT

1

Sierra



Nadie debería planear su suicidio antes de alcanzar la mayoría de edad.

Yo lo he hecho.

Hoy tendrá lugar la noche más larga del año y también dará paso a mi cumpleaños. Jamás había temido tanto la llegada de un día, no como he temido la llegada de este. Desde que tengo uso de razón se me ha avisado de mi terrible destino, el que espera a todos los primogénitos de esta nueva sociedad.

—¡Sierra! —La voz de mi madre me saca de mis ensoñaciones—. ¡La cena ya está lista!

Observo mi reflejo una última vez antes de levantarme del tocador y descender los escalones destartalados hasta el salón donde me espera mi familia. La bajada de las escaleras está iluminada por una vela medio consumida que descansa en el aplique de la pared. Desde su llegada, el progreso se ha detenido. Nos han condenado a vivir a su manera. Malditos nostálgicos con aversión a la tecnología. Todo lo que sé sobre el «mundo avanzado» es lo que he podido leer en libros viejos o visto en fotografías que ya han comenzado a perder su color y desquebrajarse. Llevamos más de un siglo retrocediendo en el tiempo, adaptándonos a su modo de vida: nos desplazamos en carruajes, vestimos con ropas pomposas e incómodas y nos comunicamos por carta. Nací cuando los

ordenadores, los teléfonos móviles y los coches impulsados a base de eso llamado gasolina, ya eran un mero recuerdo en la memoria de los más ancianos.

Desciendo el último escalón, que rechina con mi peso, y me encuentro a toda mi familia reunida en torno a la mesa. Mi madre sirve la sopa con el cucharón, colmando los platos con una sonrisa, porque poder ofrecernos esta comida esta noche no es algo muy común. No somos una familia pudiente, ni siquiera podemos considerarnos de clase media.

—Cariño, siéntate, se te está enfriando.

Ocupo mi sitio junto a mi hermana de siete años, Abigail, una niña con rizos de un bonito tono cobrizo y ojos color miel. Me sonrío con su sonrisa mellada.

—No estés nerviosa, tal vez no te elijan.

La voz de mi padre es dulce, tanto como su persona. A veces pienso que es así conmigo porque he estado marcada desde que nací. Ser la primera me había señalado y condenado a un destino miserable. Un destino en el que soy vista como una mera fuente de alimento para esos seres fríos, sádicos, desprovistos de alma.

—No estoy nerviosa —miento—. Llevo dieciocho años preparándome para esto.

Sé que la sonrisa no me llega a los ojos, aunque intento transmitirles toda la tranquilidad posible. Esto no es fácil para ellos, ¿para qué padres lo sería? En unas horas será mi decimoctavo cumpleaños y en apenas unos días habrá luna llena, lo que significa ingresar en la Subasta Roja. Si tienes suerte, tal vez nadie te compre, pero aferrarse a esa esperanza es de ilusos. Somos productos, somos simple sangre. Acabarán por comprarnos, da igual que seas atractivo, huesudo, enfermizo. Tarde o temprano habrá alguien dispuesto a alimentarse de ti.

—Para ser exactos, llevas diecisiete años y trescientos sesenta y cuatro días —dice mi hermano en un intento de aligerar el ambiente—. No me pidas que concrete horas, minutos y segundos porque en eso me temo que voy a fallarte.

Pongo los ojos en blanco, esto es muy típico de él: recurrir al humor tonto cuando las situaciones le sobrepasan. Silvano —al que todos llamamos Silas— es mi hermano menor por diez meses, y aun así se empeña en parecer mayor que yo. Tiene un cuerpo ancho y fornido, el pelo dorado pajizo y ojos dulces color miel como Abigail. Los míos son grises, vacíos, sin color. Todo en mí parece carecer de brillo, desde mis ojos hasta el tono oscuro de mi pelo.

Agarro la cuchara y tomo un poco de sopa. La mirada de mi madre está sobre mí, esperando que diga o reaccione de alguna forma. Le sonrío y ella parece relajarse en el asiento. Tiene el pelo del mismo tono que mi hermano, algo canoso y anudado en la nuca en un moño bajo, y aunque su mirada es la más dulce que he visto jamás, también es la más triste.

—Está riquísima, mamá.

Me obligo a seguir comiendo, aunque mi estómago está cerrado por los nervios. Soy una hija y una hermana terrible por lo que planeo hacer esta noche. Seguro que ellos no estarán orgullosos de haber criado a una hija tan egoísta, dispuesta a acabar con su vida por miedo a vivir hasta mi último aliento con esas criaturas insaciables de pecado.

—Entonces dices que Lea y tú vais a salir a pasear cerca del lago... —dice mi padre—, ya sabes que no debes volver tarde, está anoche-ciendo. Da igual lo que prometan, son peligrosos.

—Lo sé, papá, no te preocupes, estaremos bien.

Se acaricia la barba de varios días con los dedos mientras me examina.

¿Sabrá mis verdaderas intenciones? ¿Lo llevaré escrito por toda la cara? Finalmente, devuelve su atención de nuevo al plato.

—¿Puedo ir? —pregunta Abigail—. Por favor, por favor...

—No —respondemos todos a la vez.

Abigail hace un puchero mientras retoma su sopa. El ambiente está más tenso de lo esperado, no debería ser así, pero la amenaza está en el aire y nadie piensa ignorarla. En cuatro días abandonaré esta casa, seguramente hasta el fin de mis días.

No dejo ni una sola gota en el plato antes de levantarme. Miro a toda mi familia, grabándola en mis retinas. Me gustaría decirle a Silas que espero que me perdone algún día por lo que mi muerte le va a suponer, por la manera en la que lo va a condenar. Me gustaría explicarle que llevo muchos años viviendo con miedo y que no lo puedo seguir soportando. Que la muerte me parece un paseo si lo comparo con el destino que la vida tiene pensado para mí.

No hago nada de eso, solo sonrío una última vez a todos ellos, corro a mi habitación y allí agarro una capa forrada con pelo blanco que me regaló Lea hace años y que conservo con cuidado, pues es una de las pocas cosas de valor que poseo. Al cabo de unos minutos salgo por la puerta bajo el escrutinio de todos. El aire frío me besa las mejillas y aunque aún no ha caído la primera nevada, me temo que no falta mucho. Recorro el camino hasta la casa de Lea, situada a un par de calles de la mía. Los últimos trabajadores recorren las calles, deseosos de resguardarse en el calor de sus hogares, algunas mujeres terminan de recoger la colada que tendieron esta mañana y los comerciantes ya cierran sus negocios.

Lea está justo en la entrada del pequeño camino hasta su casa, esperándome bien arrebujada en la capa y con la nariz enrojecida por el frío. Sonríe, y aunque no sea su intención, es una sonrisa triste. El pelo anaranjado le enmarca el rostro.

—¡Sierra! —Corre unos pasos hasta mí—. ¡Ya pensaba que no venías!

—Lo siento, me he entretenido un poco. —Entrelazo mi brazo con el suyo y echamos a caminar por las sucias calles del pueblo—. ¿Cómo está la familia?

—Igual que siempre, mamá espera las cartas de Sophie cada semana, pero hace dos semanas que no llega ninguna.

—Los caminos son malos, la correspondencia no llega tan a menudo últimamente —intento tranquilizarla.

Sophie es la hermana mayor de Lea, hace un año que entró a la Subasta Roja y fue comprada. No todas tienen la suerte de que sus

dueños les permitan mantener el contacto con sus familias. La mayoría son arrancadas de ellas de forma radical, pasan a estar muertas en vida. Sophie es afortunada, fue comprada por una a la que al parecer no le importa nada más que tener su tentempié a mitad de la noche.

La falta de correspondencia podría ser una simple casualidad o, en el peor de los casos...

—Mamá enfermará si sigue así y mi padre últimamente trabaja demasiado. Creo que empiezan a ponerse en lo peor y yo... yo no sé cómo sentirme.

—Seguro que solo se está retrasando un poco, no perdáis la esperanza. —Acaricio su mano con la mía, dándole pequeños golpecitos—. ¿Qué tal tus últimas lecturas?

Intento distraerla hablando sobre esos libros enormes donde se habla de la historia de *antes*. Lea es una chica curiosa, desde que aprendió a leer le ha gustado buscar entre los pequeños puestos del mercado libros que cuenten cómo era la vida. A mí me encanta eso de ella, me gusta sentarme cerca de la orilla del lago y escucharla divagar horas y horas sobre las formas de relacionarse de la gente de nuestra edad, sobre cómo era la moda, tan cambiante, volátil y mucho más cómoda que la de ahora.

Llegamos hasta el lago, caminamos cogidas del brazo y acabo perdiéndome mientras miro el agua. Lea tiene suerte. El sacrificio de su hermana hizo que el *Libris* de su familia fuera sellado. Una vez que se sella, se considera que la familia ya ha pagado suficiente. Los padres ceden a su primogénito y a cambio reciben la certeza de que no perderán a ningún otro de sus hijos y una pequeña bolsita de monedas que les dará para alimentarse durante un año. Pequeña limosna a cambio de perder un hijo para siempre.

—¿Me estás escuchando?

Pestañeo, saliendo de mis pensamientos.

—Perdona. —Sonríó avergonzada—. ¿Qué me estabas contando?

—No te preocupes. —De nuevo esa sonrisa triste—. Seguro que tienes mucho en que pensar. Te decía que ayer durante el paseo con mi

madre, Felippo, el hijo del panadero, se paró a charlar con nosotras un rato. No me quitaba los ojos de encima, tal vez...

—¿Tal vez...? —Sus mejillas adquieren un tono rosado—. ¿Te gusta Felippo?

Intenta ignorarme mirando a cualquier punto que no sea yo. Sin embargo, no me doy por vencida y comienzo a darle con el dedo en el costado, obligándola a que me mire entre carcajadas.

—No digas tonterías, Felippo es demasiado...

—¿Demasiado qué?

—Demasiado correcto.

—¿Tú no eres correcta? —Arqueo una ceja—. Eres la persona más correcta que conozco.

Se desengancha de mi brazo y comienza a caminar de espaldas, dando pequeñas vueltas mientras habla.

—Sí, es por eso que quiero a alguien que sea rebelde, aventurero, que me haga vivir. No quiero algo tradicional y típico, quiero alguien que me impulse a hacer cosas nuevas.

—Quieres matar a tus padres de un disgusto —comento.

Vuelve a reírse, dando vueltas sobre sí misma mientras camina por el resto del sendero. Llegamos al final, señal de que es hora de dar la vuelta y volver a la comodidad de nuestras casas. Yo tengo una idea distinta para esta noche. Deshacemos el camino y, cuando llegamos al final, me planto frente a Lea y la miro fijamente a los ojos.

—Hoy vuelvo sola a casa —anuncio—. Necesito unos momentos a solas.

—Sierra, no es buena idea. Está anocheciendo, no puedes volver sola...

—Lea, por favor... —digo con tono de súplica—. No me queda tiempo, pronto se me acabarán estos paseos, no tendré tiempo para mí. Ni siquiera para pensar.

El frufú del bajo de su vestido suena contra la gravilla cuando se aproxima hasta mí y me da un fuerte abrazo. Dejo que me reconforte, aspirando el dulce aroma a violetas que desprende su pelo. Percibo el

temblor en sus hombros y entonces sé que está llorando. Intento que las lágrimas no empañen mis ojos. Hemos sido amigas toda la vida y una de nosotras tiene que decirle adiós para siempre a la otra, aunque ella no sepa de mis intenciones tan definitivas. No recibirá mis cartas, pues me aterra tanto mi destino que pienso huir de este como una cobarde.

—Ya está, ya está... —Acaricio su espalda en un gesto tranquilizador—. Todo irá bien, te escribiré y te contaré cómo es mi nuevo hogar. Será como si estuviese aquí.

La mentira sabe a ceniza.

Se separa de mí, sin llegar a contener el hipido que sale de ella. Limpio con mis pulgares las lágrimas que le surcan las mejillas y le dedico una pequeña sonrisa.

—Te escribiré muchísimas cartas —asegura—. Tantas que te cansarás de mí.

—Eso es imposible.

—Te hablaré de todo lo que descubra en mis libros, te hablaré de Felippo y de cualquier otro que se acerque durante los paseos...

—Quiero los detalles de la boda con Felippo —bromeo—. ¡Te estás sonrojando de nuevo!

—¡Eres idiota!

Me abraza de nuevo y acaba despidiéndose con un pequeño gesto de su mano y una exclamación.

—¡Te veo mañana!

Durante el recorrido del sendero, vuelve la vista varias veces para verme y yo permanezco en el sitio hasta que su cabellera de ondas naranjas desaparece.

Suelto el aire contenido en mi pecho y me dejo caer en el suelo, donde la vegetación permanece sin brillo y seca. No me molesto en recogerme las faldas, ya no importa cuán sucio quede mi vestido.

El cielo poco a poco se vuelve de un azul oscuro y los únicos sonidos que me acompañan son el de la brisa, el agua en movimiento y las copas de los árboles al ser zarandeadas. El lago se encuentra en un

extremo del pueblo, en la zona más deshabitada. La primera casa habitada se encuentra posiblemente a cientos de metros. No es propio que las muchachas vengan hasta aquí, pero lo es menos que permanezcan solas en un sitio tan solitario y apartado. Mis padres no aprobarían esto.

Me saco las zapatillas de punta redonda con un puntapié y después las calzas, siento la tierra bajo mis pies cuando comienzo a andar hasta la orilla. Cuando el agua toca los dedos de mis pies, me recorre un escalofrío que hace que se me entumezca todo el cuerpo. Doy un paso más, y después otro. Mi cuerpo no se acostumbra al frío, el agua helada del mes de diciembre se siente como cientos de alfileres clavándose en mi cuerpo. Por muy doloroso que sea, no pienso detenerme. Tengo un objetivo y no voy a abandonarlo.

Mi pecho protesta cuando el titiriteo de mi cuerpo hace que se me claven las varillas del corpiño. Sigo avanzando, el agua me cubre por encima del pecho y mis dientes no paran de castañear. No siento los dedos de los pies y me cuesta mover las manos. Sigo avanzando un poco más, manteniéndome con dificultad en la superficie. Cada minuto es como un grano que cae del reloj de arena para marcar la cuenta atrás. Poco a poco todo mi cuerpo se entumece, el frío nubla incluso mi mente. Nubecillas de vaho salen de mis labios temblorosos. Llego un momento en que mis pies pesan tanto que dejo de moverlos y me quedo inmóvil, dejando que mi cabeza se sumerja centímetro a centímetro.

El aire escapa de mí a toda prisa cuando me zambullo. El impacto de estar por completo en estas aguas frías es brutal. El exceso de calma en estas es incluso perturbador. Me hundo lentamente, suspendida en el agua, veo cómo mi cabello ondea alrededor de mí sin que mis piernas o brazos puedan hacer el esfuerzo por nadar y salir a flote. El frío se clava en mí como estacas de hielo. Mi pecho protesta. Me arde y juro que unas manos están haciendo presión contra él, comprimiéndolo. Abro la boca involuntariamente, buscando aire y encontrando solo agua. Me atraganto. Un espasmo me sacude, la visión se me enturbia y el peso de mi cuerpo no deja de arrastrarme más y más.

Más espasmos me recorren, rompiendo la tranquilidad de las aguas, y por mucho que intente mover los brazos, estos no me responden. Aunque quiera morir, el instinto de supervivencia es fuerte, pero me recuerdo una y otra vez que esto es lo que deseo.

Mi visión se vuelve traicionera, dibujando frente a mí lo que parece ser un rostro que, tan rápido como parpadeo, desaparece. Los bordes de mi visión se ennegrecen, como si se tratasen de los de una fotografía en el fuego.

«Vive, tienes que vivir...».

Las palabras vienen susurradas en el agua.

«Tienes que vivir, debes vivir».

El peso de mis párpados cada vez es mayor, al igual que la sensación de que algo se aproxima hacia mí.

«Me decepciona este acto de cobardía».

Algo en esas palabras me hace rabiar. Se vierten dentro de mí como ácido que corroe mis venas. Me abrumba un sentimiento de vergüenza. No puedo hacer esto. No le puedo hacer esto a mis padres. A mis hermanos. El *Libris* no está sellado, Silas tendrá que entrar a la Subasta Roja por mi culpa. No puedo condenarlo a eso, esta es mi carga, solo mía. Intento abrir los ojos, luchar contra el agua, pero es demasiado tarde.

Por mucho que me esfuerce, mi cuerpo se niega a responder.

«Niña estúpida».

La histeria me hace abrir la boca de nuevo, el agua entra a borbotones dentro de mí, llenando mis pulmones y acallando mis gritos silenciosos. El pelo se cruza en mi visión, se me enrolla en torno al cuello como una soga. Miro hacia arriba y lo veo todo negro. Estoy muy lejos de la superficie.

Ese rostro misterioso cada vez está más cerca, más cerca, más cerca...

Pierdo la conciencia momentáneamente y cuando la recobro, tengo la cara contra la orilla del lago, manchada con la tierra húmeda. Mi vestido ondea aún en el agua y mis piernas siguen entumecidas. Hincó

los codos en la tierra para arrastrar lo que queda de mi cuerpo fuera de ella. Me tiemblan las manos y al echarle un vistazo a mis dedos, veo que están morados. Me vuelvo bocarriba, con el cielo cada vez más oscuro y la luna más presente.

Mi respiración no es normal, se entrecorta y mi pecho lanza sonidos de agonía. Intento llevarme las manos a la altura de la boca para tratar de calentarlas. Mis piernas no responden a mis órdenes y mis pies tienen un tono violáceo.

La brisa sacude las copas de los árboles y con ella un nuevo susurro llega a mí.

«Acepta tu destino».

Miro en todas direcciones buscando el origen de la voz, pero solo me reciben los árboles y el camino solitario. Las palabras se vuelcan en mí con gravedad y mis hombros se sacuden cuando rompo en llanto.

He sido tan egoísta, tan mala hija y hermana...

Casi condeno a mis hermanos a mi destino y a mi familia a ser una vergüenza. Cubro mis ojos con las manos, intento contener las lágrimas, pero estas salen con fuerza y sin ganas de detenerse. No sé cuánto tiempo permanezco aquí sentada antes de que aparezca Silas.

—¡Sierra! —Los pasos de mi hermano se escuchan cada vez más fuertes—. ¡Sierra! ¿Qué ha ocurrido?

El calor de sus brazos me rodea e instintivamente mis manos intentan aferrarse a él, buscando consuelo. Entierro el rostro en su pecho, empapando su camisa con mi pelo y mis ropas mojadas. Murmura algo que no alcanzo a escuchar mientras me acuna con fuerza y nos balancea a ambos.

—Ya está Sierra, ya está...

Noto cómo sus dedos se enredan en mi cabello al acariciarlo. Su abrazo es lo que más necesitaba y no lo sabía hasta este momento. Nubecillas de vaho se dibujan en el aire con cada una de mis respiraciones entrecortadas. Sus manos masajean mis pies y mis tobillos, intentando que mi circulación vuelva a ser normal y me abandone este color enfermizo.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

Niego con la cabeza y él no insiste. Eso es lo que me gusta de él, el lazo que tenemos, el acuerdo mutuo por el que no insistimos al otro cuando las preguntas son demasiado dolorosas para responderlas. Pasamos un buen rato en las orillas del lago, yo aferrada a él intentando obtener algo de calor, y él comprobando que la circulación de mis extremidades vuelve a la normalidad.

—Espero que sepas que vas a causar un buen revuelo cuando lleguemos a casa. —Uno de sus brazos me rodea la espalda, el otro lo pasa por debajo de mis rodillas y me alza del suelo—. Papá y mamá se van a volver locos cuando te vean así.

Asiento. Mis padres formarán un buen alboroto al verme así. Es obvio que ya me he metido en un lío al no volver a casa antes de que anochezca y, apareciendo así, las cosas no van a mejorar.

Silas no vuelve a pronunciar palabra, me lleva en silencio por el sendero hasta llegar a las calles desiertas del pueblo. El frío aún reside en lo más hondo de mis huesos y no sé qué más hacer para entrar en calor. Suspiro de alivio cuando veo al fondo nuestra casa, que proyecta luz anaranjada a través de las ventanas. Cuando estamos frente a la puerta, Silas la abre de par en par con un golpecito del pie y da comienzo a la avalancha de atenciones de mi familia.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta mi padre levantándose de su sillón junto al fuego.

—¡Sierra! —El grito de mi madre corta el aire—. ¡Mi niña! ¿Qué ha ocurrido? ¡Estás empapada!

—Trae todas las mantas que puedas —ordena Silas mientras me acerca al fuego.

No llego a apreciar el alivio de estar junto a la chimenea. Caigo inconsciente en el camino hasta ella y de lo último de lo que soy consciente es de cómo mi cabeza cae hacia atrás con un fuerte latigazo.

2

Sierra



Como era de esperar, pasé mi cumpleaños y los días siguientes en cama con una pulmonía que hacía que el aire que salía de mi pecho sonara como los relinchos de un caballo. Cuatro días después, mi aspecto no ha mejorado mucho y espero que esto me sirva como excusa para que no me compren esta noche. Mi mata de pelo negro ha sido recogida diligentemente en mi nuca con pequeñas horquillas de flores. Mi piel tiene un aspecto mortecino y dos pequeños surcos morados descansan bajo mis ojos.

—Mi pequeña niña... —dice mamá entre lágrimas mientras pellizca mis mejillas para dotarlas de algo de color—. No estoy lista para este momento. Ninguno lo estamos.

Mi pecho se contrae con cada palabra, pestañeo varias veces para espantar las ganas de llorar. Mis lágrimas solo harán esto más difícil.

—Tranquila, mamá, tal vez tenga suerte y esta noche nadie me encuentre lo suficientemente apetecible.

Los ojos de mi madre me miran sin humor, rojos y anegados de lágrimas.

—Te compren o no, esta es la última noche que pasas bajo nuestro techo. —Sus manos se apoyan en mis hombros y me atraen hasta su cuerpo. Acaricia suavemente mi espalda—. Mantente sana, no por

ellos, sino por ti, Sierra. Escríbenos, haznos saber de alguna forma que sigues viva.

—Lo intentaré —respondo sin convicción.

La mayoría ya conocemos el destino que nos espera una vez comprados. Se supone que a cada vampiro le corresponde una cantidad determinada de «sacadores» según su rango. Ni uno más ni uno menos, mientras estos se mantengan sanos y en condiciones de realizar su cometido. No pueden hacernos daño, propasarse o acelerar el proceso de nuestras muertes. Pero eso solo son palabras, leyes que escribieron sus antepasados y los nuestros para garantizar la paz. En la práctica, muchos de ellos se exceden bebiendo, nos dejan secos, nos desechan y no tardan en encontrar un sustituto, obviamente con la cooperación de Subastas Rojas corruptas.

Mamá me deja unos momentos a solas que aprovecho para intentar grabar en mis retinas cada detalle del que durante dieciocho años ha sido mi dormitorio, mi lugar de descanso y confesiones.

Llevo puesto el vestido más bonito y nuevo que había en mi armario. Uno que oprime mi pecho tanto que me cuesta respirar. Es de terciopelo verde con bordados de hilo dorado, el escote es cuadrado y revela las curvas de mis senos. Me levanto de la pequeña banqueta frente al tocador y agarro el chal.

Me dedico un último vistazo en el espejo y paso involuntariamente los dedos por la curva de mi cuello, como si supiera que jamás lo veré intacto de nuevo. Me paso el chal por los hombros, me aferro bien a él y salgo de la habitación. Bajo las escaleras escuchando cada crujido de la madera y veo todos los rostros de mi familia en el final de ella.

—Estás preciosa —dice Silas con los ojos brillantes.

—Sierra siempre está preciosa.

Papá toma mi mano cuando bajo el último escalón y me conduce hasta su pecho, donde me abraza tan fuerte que siento que mis huesos protestan. Sin embargo, no digo nada. Me quedo ahí el transcurso de varias respiraciones sabiendo que esta será la última vez que esté entre los brazos de mi padre. Me cuesta un mundo alejarme.

—¿Sierra? —entona una voz infantil.

Mi hermanita me mira desde un par de cabezas más abajo. Sus enormes ojos miel me miran asustados y yo sonrío para tranquilizarla. La abrazo acunando su cara contra mi pecho y acaricio sus rizos cobrizos. Me voy a perder tantas cosas... No podré curarle las raspaduras de las rodillas la próxima vez que se caiga jugando, ya no habrá más cuentos a la luz de la vela ni tampoco estaré aquí cuando comience a sonreír por algún muchacho.

Nuestros padres observan la escena con verdadera angustia y Silas se une a nuestro abrazo, rodeándonos a ambas y ocultándonos del mundo con la amplitud de su cuerpo. Aspiro el aroma de mi hogar mientras contengo las lágrimas.

El sonido de una campana rompe el silencio.

La Subasta Roja está abierta para recibirnos.

Cada campanada cae sobre nosotros como un jarro de agua fría. Mamá agarra a Abigail de la mano y mi padre me ofrece su codo para caminar. Silas se sitúa a mi derecha y se encarga de abrir la puerta desde la que entra una corriente de aire gélido. Todos parecemos contener el aliento durante un segundo y después echamos a andar. La calle está vacía, a pesar de que decenas de pares de ojos nos miran desde sus ventanas. Cada luna llena es un acontecimiento que todo el mundo ve desde la seguridad de sus casas, con el vello erizado y el corazón encogido, pues cada vez que uno de nosotros ingresa en la Subasta Roja, le recuerda al resto lo que algún día llegará a sus hogares. Muchas otras subastas están teniendo lugar esta noche en cientos de pueblos malditos como el nuestro.

Seguimos nuestro camino en silencio, escuchando las ventanas que se cierran y el maullido de algún gato callejero.

—Si me lo pides ahora, te sacaré de aquí —susurra Silas—. Huiremos del pueblo, nos internaremos en el bosque y con el dinero que tengo ahorrado cruzaremos el océano.

Mi corazón da un vuelco, miro en todas direcciones esperando que no haya nadie cerca que haya escuchado su atrevimiento.

—No digas tonterías. —Rechino los dientes—. Ni siquiera te atrevas a proponer algo así de nuevo. Sería traición.

Intenta hablar, pero una mirada mía es suficiente para acallararlo. No puede estar pensando en esto. Ir en contra de las normas y del sistema es traición. Matarían a toda nuestra familia, o más bien, los desangrarían como cerdos en la plaza del pueblo. El mundo ha cambiado; ya no somos el ser vivo más cruel, ahora lo son ellos. Nos han dejado soñar con un mundo en el que el ser humano lo dominaba todo y han aplastado esa fantasía con un rápido movimiento de mano.

—No parece que haya mucha gente en esta subasta —comenta mamá desde atrás con preocupación.

Menos gente en la subasta significa más posibilidades de ser comprada.

Trago saliva con dificultad, intentando disipar el nudo que se ha formado en mi garganta.

El tejado picudo de lo que antiguamente era una iglesia ya se ve al final de la calle. Tras la llegada de los vampiros, todo lo relacionado con la religión fue quemado y destruido, excepto las iglesias. Les pareció irónico utilizarlas para las subastas. Algo así como decir: «Mira, Dios, aquí es donde compro a tus amados hijos para tratarlos como animales, para saciarme con ellos y quebrantar sus almas».

Lo que no saben es que su llegada hizo crecer para muchos las ganas de creer, de aferrarse a un ser misericordioso que vela por nosotros.

Las puertas de la iglesia están abiertas de par en par, del interior sale una intensa luz anaranjada. Frenamos en nuestro recorrido y nos miramos sabiendo que no pueden acompañarme más lejos. De nuevo, mamá comienza a llorar y se abalanza a mis brazos.

—Voy a pedir cada noche para que estés bien, sana y fuerte.

—Mamá...

—Cariño, no asustes más a nuestra hija. —Papá rodea los hombros de mamá y ella intenta esconderse en él—. Es fuerte y cumplirá con su cometido. Conseguirá escribirnos y transmitirnos palabras de alivio, ¿verdad?

Asiento.

—Hermana, demuéstrales lo duros que somos los Ruggiero.

—Eso está hecho. —Sonrío.

—No incites a tu hermana a que haga imprudencias —lo regaña mamá—. Hija, tienes que ser sumisa, aunque prometan no heriros más allá de... bueno, sabes que su palabra no vale mucho. Podrían hacerte daño.

—Lo sé, mamá —digo, aunque esté más que dispuesta a ser imprudente—. Seré buena.

—Así me gusta.

Me agacho, consciente de que mis faldas se están manchando de la suciedad del suelo. Le doy un beso en la coronilla a Abigail y le susurro al oído alguna tontería que la haga reír, le doy un abrazo a Silas y por último rodeo con ambos brazos a mis padres y los estrecho con fuerza.

—Estaré bien, lo prometo.

—Te queremos mucho, hija.

Les doy un sonoro beso en las mejillas y, agarrando mis faldas, me encamino a la entrada de la vieja iglesia. No vuelvo la mirada atrás, ver sus rostros tristes me rompería. Aligero el paso y traspaso el umbral de la puerta. El frío en el interior hace que se me corte la respiración por un momento. A pesar de estar en el interior de una iglesia, poco queda de su contenido original. No se asemeja nada a las imágenes de los libros. Todo lo que pudiera tener un significado religioso ha desaparecido. Allá donde debería estar la pila bautismal, descansa una pirámide de copas con un líquido carmesí; las paredes no albergan santos, sino que muestran retratos de caras pálidas. Puros, la élite entre los vampiros, la máxima autoridad. Los bancos han sido sustituidos por sillones de lujo, el altar ahora es una mesa más y algunas cruces permanecen en su sitio, invertidas a modo de burla.

Una mujer de rostro ovalado ataviada con un vestido de terciopelo rojo viene hacia mí cuando me ve entrar.

—Su *Libris*, por favor.

Rebusco en la pequeña bolsita que me cuelga de la muñeca y extraigo el libro que contiene todos mis datos. La mujer lo abre y lo lee con una mueca de claro aburrimiento. Me observa un momento por debajo de las pestañas, evaluándose.

—Sígueme.

Comienza a andar por el pasillo y, antes de que lleguemos a lo que antiguamente era el altar, nos desviamos hacia una pequeña puerta. Empiezo a escuchar mis propios latidos. El frío sigue siendo doloroso y me pregunto cómo ella no muestra ninguna señal de incomodidad. Es humana, el rubor en sus mejillas y su falta de palidez lo confirman.

Desembocamos en una habitación donde la iluminación de las velas es pobre y otros rostros me devuelven la mirada. Hay varias chicas y chicos, todos con los ojos abiertos y llenos de miedo.

—Quítate el vestido y ponte eso de ahí —dice la mujer señalando una tela roja.

Miro a mi alrededor, buscando algún biombo tras el que poder cambiarme.

—No hay...

—La timidez y el pudor son algo que no vas a poder permitirte de ahora en adelante —me corta—. Cámbiate rápido, están a punto de llegar.

Cojo la prenda de seda roja y, echando un rápido vistazo a mis otras compañeras, veo que no se molesta en cubrir mucho de nuestra desnudez. Los hombres llevan el pecho al descubierto y una extraña prenda que les cubre de cintura para abajo. Me ruborizo y aparto la mirada rápidamente. Todo el mundo evita hacer contacto visual, presa de la vergüenza.

Intento deshacer las ataduras del corpiño.

—Una última pregunta. —La mujer del vestido rojo se vuelve antes de desaparecer por el pasillo—. ¿Tu virtud está intacta?

Pestaño.

—¿Qué tiene que ver mi virtud en todo esto?

—Les gusta el sabor de la sangre virgen. —El tono de su voz es altivo—. Tu virtud hará aumentar tu precio.

—Malditos cerdos... —murmuro.

—La respuesta es fácil: sí o no.

Arquea una ceja en mi dirección, impaciente. Cuadro los hombros y alzo el mentón.

—Sí, mi virtud está intacta.

Asiente como si estuviese complacida con mis respuesta y desaparece. Solo unos minutos han sido suficientes para catalogarla como una persona de mi desagrado. Con dificultad, me llevo las manos a la espalda e intento deshacerme del vestido. Me cuesta, pero es obvio que nadie se va a ofrecer a ayudar. Cuando aflojo el corpiño me permito soltar un suspiro profundo y dejo que caiga al suelo. Me deshago del vestido y me quedo solo con una fina combinación. Abrazo mi cuerpo antes de quitármelo también y quedar desnuda. Miro fijamente la pared, apartando la vergüenza y sin permitirme agachar la mirada paso por encima de mi cabeza la seda roja, que cae suavemente y se abraza a mi cuerpo.

Una puerta se abre al otro lado, revelando a una mujer completamente vestida de negro. Su rostro está cubierto por un velo de encaje, como si debiese ocultar su identidad para evitar que alguno de nosotros la reconozca y tome represalias.

—Iréis pasando de uno en uno —informa—. Vosotros no podéis verlos, pero ellos a vosotros sí. Manteneos quietos y en silencio al otro lado del cristal. Terminará antes de que os deis cuenta.

Su voz suena muy madura.

Dice un nombre y por el rabillo del ojo veo que se trata de una chica diminuta y menuda que, por la forma en que encoge los hombros, debe de estar aterrada. Sale por la puerta y esta se cierra con contundencia. La mujer permanece con nosotros en la habitación y, aunque no pueda verla, siento que nos está sometiendo a todos a su escrutinio.

Pasan tal vez diez minutos cuando unos nudillos golpean la puerta y mandan llamar al siguiente. Poco a poco, la habitación va quedando vacía y el aire se vuelve más pesado e incómodo.

—Para alguno de vosotros hoy será un día especial —suelta la mujer de repente—. Estoy segura de que sí.

Tal vez esta mujer sea una anciana que ha comenzado a desvariar. ¿Un día especial? ¿Ser comprados como si de trozos de carne se tratase? ¿Cómo de especial puede ser saber que el resto de tu vida te dedicarás a dejar que claven sus colmillos en tu cuello?

—Lo dudo mucho, señora —digo sin poder contenerme.

Sé que su mirada se posa en mí y el resto de los que quedan en la sala me miran incrédulos.

—No te atrevas a contradecir mi palabra, jovencita.

—¿Qué hay de especial en ser comprada?

La mujer decide que no merezco su tiempo o el esfuerzo de gastar su saliva hablando conmigo. La puerta se abre de nuevo y entonces se gira en mi dirección. Es el momento.

Me cuesta poner un pie delante del otro y aun así consigo hacerlo. Paso por su lado y un olor añejo me golpea. Sin necesidad de verla, sé que tiene que tener dibujada una sonrisa de superioridad en el rostro.

Al salir, la luz es tan cegadora que tengo que cerrar los ojos, no estoy acostumbrada a esta luz artificial que solo poseen unos pocos. Me pican y me lloran y es necesaria una mano ajena que me conduzca hasta el centro. Tras varios parpadeos descubro que me encuentro en lo que antes debió ser el púlpito de la iglesia y donde ahora no hay más que suelo recubierto de alfombras rojas de pelo y un enorme cristal que me devuelve mi reflejo. Están ahí, detrás. Mirándome, evaluándome, intentando oler mi sangre.

Las luces se atenúan, solo queda un foco encima de mi cabeza que me exhibe como si fuese un jarrón caro. No me permito bajar la mirada ni ruborizarme al saber que muchos pares de ojos están viendo mi cuerpo apenas cubierto.

—Sierra Ruggiero —habla una voz que reconozco como la de la mujer del vestido rojo. Suena fuerte y confiada—. Saludable, pesa cincuenta y un kilos, no presenta ninguna anomalía física, su sangre es 0 negativo y... su virtud se encuentra intacta. La puja comienza con quince rubíes de sangre.

No puedo ver nada de lo que sucede fuera.

—El caballero del número cinco da veinte rubíes de sangre, ¿alguien da más?

Mis ojos viajan hacia todos lados buscando algo detrás del cristal.

—La señora del número diez ofrece veinticinco rubíes de sangre.

Se siguen diciendo cantidades. Hombres y mujeres. Números y números...

Las piernas me flaquean por momentos, me siento totalmente abrumada sabiendo que el control de mi vida se está escurriendo entre mis dedos y que en unos minutos lo habré perdido por completo. Mi visión se nubla y parpadeo rápidamente para espantar la sensación.

—El número veintiocho ofrece cincuenta rubíes, ¿quién da más?

¿Cincuenta? Qué gracioso que aquí me compren por rubíes de sangre cuando a mi familia solo le llegará una bolsa de monedas. Con una sola de esas piedras preciosas mi familia podría vivir tranquilamente durante años.

—Setenta rubíes de sangre.

Me recorre un escalofrío.

—¡Ochenta rubíes de sangre!

Esto es tan sádico e inhumano.

—¡Cien rubíes de sangre!

Un sonido estridente rompe la sucesión de pujas haciendo callar a la mujer que no paraba de torturarme con su voz. Me quedo en el sitio a la espera de una explicación.

Pasan los segundos, después minutos enteros.

—La puja acaba de terminar. —La voz de la mujer refleja su dicha—. La señorita Sierra Ruggiero acaba de ser comprada por Viktor Vitalle por el precio de seiscientos rubíes de sangre.

El foco que pende sobre mi cabeza se apaga sumiéndome en una oscuridad absoluta. El quejido de una puerta al abrirse llega a mis oídos y varios pares de manos me agarran de los brazos, sacándome de aquí. No sé si debo resistirme, pero me dejo arrastrar. Cuando me llevan a otra sala, me doy cuenta de que la luz de los focos me estaba calentando y que ahora el frío vuelve a abrazarme de nuevo.

Descubro que estoy con el resto de los compañeros que fueron expuestos antes que yo. Me miran con los ojos muy abiertos y al principio pienso que es del miedo que han debido pasar ahí fuera, pero al cabo de unos minutos me doy cuenta de que es por mí.

—¿Qué ocurre?

Ninguno se atreve a decir palabra.

Me miro a mí misma en busca de algo fuera de lugar, una herida o tal vez que mi ropa se haya descolocado en algún momento mostrando más de lo necesario. Todo está bien. Alzo los ojos buscando respuestas.

—¿Por qué me miráis así?

Trascurren más minutos agonizantes hasta que la muchacha que vi antes, aquella de cuerpo menudo y hombros encorvados, se atreve a decir algo.

—Lo hemos escuchado.

—¿El qué?

—Quién te ha comprado.

—¿Qué ocurre con eso? Ha sido un tal Viktor Vitalo, Vitali o algo así.

—Viktor Vitale —me corrige—. ¿Es posible que seas tan ignorante?

—¿Perdona?

—Viktor Vitale —dice un chico—. Es un monstruo sin alma, el peor entre ellos. Lo domina una sed insaciable.

—¿No son así todos? —replico.

—No como él —agrega la chica de antes—. Tu vida ha acabado en el momento en el que te ha comprado.

—Creo que lo ha hecho para todos los que estamos aquí.

—Lo que queremos decirte es que posiblemente no vivas para ver la próxima luna llena.